

Un lugar pensado

Autores:

Lic. Marta Verónica Zubowicz

MN.N* 42892

“La extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas intervinientes, la plasticidad de todos los procesos anímicos y la riqueza de los factores determinantes se oponen, por cierto, a una mecanización de la técnica”

La cuarentena trajo muchas novedades en lo que compete a nuestra labor, partiendo del hecho de la implementación de la telepsicología que nos confrontó, no sólo con otras formas de llevar a cabo una terapia, sino también con otras problemáticas que nacieron con la pandemia.

Entre las consultas que aumentaron considerablemente en cuarentena se encuentra la de las mujeres que, a causa del encierro y de la convivencia permanente, se vieron sumergidas en una realidad a la que describen como “un caos”

Sobrecargadas de tareas, dominadas por la ansiedad y el estrés, reclaman ayuda. Manifiestan que no van a poder resistir bajo estas condiciones y al mismo tiempo continúan asumiendo la responsabilidad del hogar y relegando sus espacios personales; las emociones las desbordan y la angustia las invade llegando a estados psíquicos desorganizados y

desorganizantes que complican aún más la situación.

Tras su pedido de ayuda manifiestan la dificultad para realizar un tratamiento psicológico a la distancia que las pueda contener debido a la falta de tiempo y de privacidad. Circunstancias válidas que no son fáciles de sortear y que nos desafía como profesionales de la salud mental a agudizar el ingenio y a echar mano de la creatividad

Si bien este escenario no es exclusivo del contexto actual la cuarentena visibilizó una realidad que se sigue sosteniendo y es la de las mujeres que asumen el trabajo hogareño como una condición femenina.

FERNANDA

“Tenía que enseñar catecismo a los niños pobres y costura a sus pobres mamás, tenía que organizar la colecta de la Cruz Roja y bailar en los bailes de caridad,

tenía que bordar servilletas para cuando sus hijas crecieran y se casaran y mientras se casaban, tenía que hacerles los disfraces de fantasía con los que asistir a las fiestas del colegio. Tenía que llevar al niño a buscar ajolotes en las tardes, hacer la tarea de aritmética y saberse reprobada cuando hacían la de inglés. Además, tenía juego de bridge con unas amigas y encuentro de lectura con otras. Por si fuera poco, hacía el postre de todas las comidas y cuidaba que a la sopa no le faltara vino blanco, la carne no se dorara demasiado, el arroz se esponjara sin pegarse, las salsas no picaran ni mucho ni poco y los quesos fueran servidos junto a las uvas.”¹

Si bien en la actualidad las tareas que requieren el funcionamiento de un hogar suelen ser compartidas por ambos miembros de la pareja, cabe aclarar que la intención de este escrito no es enfocarse en lo que hace o no hace el compañero o la compañera, sino en intentar entrever la situación de esas mujeres que tienen trabajos remunerativos al mismo tiempo que se hacen cargo de la casa y de los niños; aquellas que, inmersas en una vorágine de tareas que incluyen encargarse de su empleo por medio del home office, de la limpieza y la desinfección del hogar y los alimentos, de los niños todo el día en

casa reclamando atención, de la organización de horarios para las clases virtuales, etc. nos ofrecen una imagen que fácilmente puede remitir a una escena de la serie “Ama de casas desesperadas”.

Desde siempre la mujer ha tenido un rol preponderante en el bienestar y el progreso de la familia y la sociedad; y también, desde siempre, ha tenido que convivir con la discriminación, la desigualdad, la injusticia y el anonimato.

Aparentemente ese pensamiento, esa mirada de la mujer, evolucionó a través del tiempo. En la actualidad se las ve desempeñarse con excelencia en los mismos trabajos que los varones. Hoy, en estos momentos de tanta angustia e incertidumbre y como hecho particularmente evidente, le hacen frente a la pandemia ejerciendo su labor en diferentes áreas esenciales.

Mujeres de negocios, mujeres profesionales, mujeres que estudian y enseñan, mujeres amas de casa, mujeres madres, mujeres políticas, mujeres científicas... Esas mujeres que intervienen para que el atravesamiento de este difícil momento pueda ser llevado a cabo al mismo tiempo que llevan la responsabilidad del hogar y los hijos.

¹ Ángeles Mastretta. “Mujeres de ojos grandes”. Emecé Editores. 2006. Pág. 42

DANIELA

Daniela y su pareja realizan teletrabajo desde el inicio de la cuarentena. Tienen tres hijos de once, siete y cinco años.

“¡Ya no puedo más! Desde la mañana hasta la hora en que me voy a dormir en mis oídos retumba una y mil veces la misma palabra: mamá, mamá, mamá.

Lo primero que hago es encender la computadora y caliento el agua para el mate, después me pongo a trabajar mientras desayuno y por casi dos horas estoy tranquila, digo casi porque en el medio pongo la ropa a lavar y adelanto el desayuno para los chicos, siempre y cuando se hayan lavado los platos de anoche sino también hago eso.

Cuando se empiezan a despertar lo chicos yo me quiero ir... ¡Mamá tengo hambre! ¡Mamá, Lucas no me quiere dar mi autito! ¡Mamá tengo que ir al baño! mamá, mamá , mamá...

Carmela me dice que tiene clases de danzas a las tres, Simón llora porque quiere jugar, Lucas pregunta si puede jugar a la play y le digo que sí y me acuerdo que ayer le dije que no porque no hizo la tarea. Mi cabeza por dentro y por fuera es un desastre, para las video llamadas me lavo la cara y me hago un

rodete. Llegan las seis de la tarde y todavía no terminé con el trabajo”.

CAROLA

Carola está en pareja con Pablo y tienen un hijo, Nacho, de cuatro años. Pablo es médico y se encuentra trabajando en una clínica; Carola tiene un local de repostería, actualmente cerrado, y da clases de decoración de tortas vía internet.

“Nacho me dice que hoy quiere ir al colegio y a la casa de Lauti a jugar. Trato de explicarle que no podemos salir y me dice: “Si papi sale”. Le explico porque sale papi... no lo convengo demasiado y me pregunta “¿Qué podemos hacer? Le preparo acuarelas, pinceles y papeles para pintar, pero quiere que yo pinte con él, le digo que no puedo, entonces tampoco quiere pintar.

Me invento mil actividades para que se entretenga, que a mí me agotan y a Nacho no le importan. Preparo el almuerzo porque Pablo se tiene que ir a trabajar. A la tarde doy dos cursos, uno a las 15 y otra a las 19 horas, en el medio las clases virtuales de Nacho. Cuando llega la noche no doy más y todavía falta...”

La realidad de muchas mujeres en cuarentena rebasa la ficción y nos plantea un desafío en cuanto a poder

brindar un tratamiento psicológico en un contexto en el que, en principio, no hay posibilidad de encontrar ni el tiempo ni la privacidad necesaria para lograrlo. Buscar y ofrecer una solución a este tipo de situación, novedosa por cierto, es una labor que nos incumbe.

Sin mecanizar las técnicas, entendiendo el momento particular que nos toca vivir y abocándonos a ello principalmente, se hace imprescindible considerar la importancia de ofrecer un espacio psicológico que se adecue a las necesidades actuales y urgentes que se demandan, en un lugar pensado, diferente quizás, en el que se haga posible el despliegue de la palabra y el ejercicio de la escucha.